

**Laura Pariani. *Il paese delle vocali*. Bellinzona, Casagrande, 2000. 116 p. 13 x21 cm.**

Lamentablemente Laura Pariani todavía no es muy conocida en Argentina con la cual tiene especiales vínculos de afecto. Invitada por la Facultad, en octubre de 2000, para dictar un seminario contó la historia familiar del abuelo que por su oposición al Fascismo emigró a este país en 1925, convencido de que el régimen tendría poca duración. Se equivocaba. Era recién casado y tenía una hija de un año pero la esposa no lo acompañará a la nueva patria. Muchos años después, esa niña decidió atravesar el océano para conocer al padre. En el largo viaje la acompañaba la hija adolescente, precisamente Laura, que conoció la Buenos Aires de los años 60 y al abuelo y su vida solitaria y simple en la Patagonia. ¡Era todo tan distinto!

Un año duró la estadía argentina de Laura, un año de honda nostalgia por Italia, por su lengua, por sus libros, pero también un año que la marcará de manera indeleble: al regreso a la patria, Italia le parece extraña y lejana; con estupor se siente distinta, irremediablemente distinta, también la sacude allí una nostalgia sutil pero esta vez por la Argentina.

Laura Pariani fue una de las escritoras italianas invitadas a la Feria del Libro de Buenos Aires, en abril del 2000; después, una extensa estadía, entre octubre y noviembre, le permitió recorrer el interior del país por su deseo de retornar a los paisajes, los lugares que han sido tan importantes para su historia personal. Y para su arte.

Es autora de cuentos y de novelas históricas, en los cuales a una reconstrucción atenta de la veracidad de los aspectos materiales acompaña una capacidad especial de hacer vivir en el papel el universo y el mundo afectivo de sus personajes. Lugares privilegiados: su Lombardía, sus valles alpinos y la pobre gente que allí vive o mejor, sobrevive, entre el Seiscientos y el Ochocientos; pero también América, la de la gran migración italiana entre fines del Ochocientos y

los inicios del Novecientos y esa fundamental en la historia de la civilización occidental, la América del encuentro / desencuentro con España y con Europa en el siglo XVI, la del Inca Garcilaso de la Vega, protagonista de otra de sus novelas espléndidas, *La spada e la luna*.

El arte de Laura Pariani se apoya en la voz que sabe darle a sus personajes: la escritora sabe hablar su misma lengua, más aún, los deja hablar su lengua. Quien tenga familiaridad con la historia aunque solo sea la historia literaria de Italia sabe bien qué nudo problemático es la relación lengua / dialecto en la historia de este país. Solamente en un área geográfica restringida, la Toscana, las dos variedades se sobreponen y en gran medida coinciden; en las otras regiones, hasta la segunda posguerra, la lengua de los afectos, de la intimidad, de la vida cotidiana, la lengua con la que se expresan los pensamientos más recónditos es el dialecto.

La otra, la Lengua con mayúscula, es extranjera, lejana, enemiga, expresa las relaciones con la autoridad en sus distintas formas: el ejército, la justicia, la administración pública, la escuela. Esta cuestión nos lleva al corazón de la poética de la Pariani y de la temática recurrente en sus obras de las que *Il paese delle vocali* su última novela breve, es casi un *specimen*.

Digamos desde ya que el país de las vocales es Malnisciola en la provincia de Milán. Estamos en 1884. Para ser precisos, los hechos narrados ocurren en el curso del año escolar 1884/85. Desde hace poco Italia se ha unificado, exactamente en 1861. En 1870 se había anexo el Lacio y Roma se había convertido en capital del país. Pero ello significó el fin del poder temporal de los Papas y la ruptura de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, la que prohibió a los católicos toda participación activa en los asuntos civiles provocando en ello un estado de penosa laceración entre fe religiosa y pasión civil y política.

Una ley del Estado dispuso la obligatoriedad escolar para los niños, varones y niñas, entre los 6 y los 10 años. Es una buena ley, una ley de progreso para la Nación. Y Serena Barberis -la joven maestra que llega desde la ciudad de Milán, en su primera experien-

cia docente, a la sede que le ha sido asignada- cree con todas sus fuerzas en el rescate humano que da la instrucción.

Viene llena de ideales y sueños. El impacto con la realidad será brutal; deberá dar clase a 123 alumnos que, amontonados, se ubican como pueden en la única aula de la escuela, una habitación con el piso de tierra, ventanas con rejas pero sin vidrios, dos únicas lámparas de petróleo que dan más humo que luz, en un edificio ruinoso en las afueras del pueblo.

Ni escritorio, ni pizarrón, ni bancos, ni sillas para los alumnos.

La Municipalidad debería haber suministrado todos los elementos, era un derecho de los alumnos pero cuando la maestra los reclama indignada se da cuenta de que nadie cree que aprender sea un bien para esos niños: su destino es trabajar en los campos, cuidar los animales, repetir el destino de miseria material y, a menudo, moral de sus padres. ¡Qué capricho del Estado esta instrucción obligatoria y gratuita para todos! ¿Qué beneficio puede esperarse de ella?

Y una disposición agregada a la ley llamará a la maestra a silencio: en efecto, el docente que no tiene el visto bueno del municipio en el cual ha trabajado no será nombrado nuevamente. Seguro de sí, el intendente ni siquiera la recibe; la hace recibir por el secretario de la comuna que en respuesta a sus protestas le pone ante los ojos el texto de la ley: el chantaje es evidente y con esto se aclaran también los términos reales en que se desarrollará el trabajo de la nueva maestra.

En las condiciones en que está obligada a trabajar, el grueso de sus energías se pierde en tratar de mantener el orden y la disciplina entre esos 123 alumnos inquietos y a los más pequeños, los de primer grado, intenta enseñarles con más o menos éxito, durante meses, las vocales con el auxilio de una cantilena que en la primavera resuena en el valle cantada a los gritos por uno de los niños mientras los hombres en los campos se detienen a escuchar un instante sorprendidos.

He aquí muy sintéticamente el hilo conductor de los hechos narrados. En el texto, al pasado se contraponen un "hoy", el del marco que abre y cierra el relato: en un desván de Buenos Aires, lleno de

objetos y recuerdos, dos chicas logran abrir un viejo baúl y encuentran un librito azul escrito en una lengua extraña. "Es italiano" dice la abuela y apremiada por las nietas comienza a contar una historia. ¿Verdadera o inventada? No hay tanta diferencia "pero las verdaderas son más misteriosas" ; "entonces una verdadera" convienen las nietas. Y se parte en el fascinante viaje por el siglo XIX y por el viejo continente.

Los nueve capítulos que encierra el marco (acompañados siempre por una fecha) se suceden señalando con una secuencia casi mensual los momentos significativos de este año escolar para después regresar al desván de Buenos Aires, donde ha refrescado y una de las niñas ha encontrado en el baúl una vieja fotografía en blanco y negro de una mujer joven rodeada por muchos niños, que en la parte inferior consigna los nombres y una fecha 1885, *Barberi. Sirena*

Entonces ¿es verdad?

Sabemos que es un artificio literario, sin embargo Laura Pariani tiene la rara capacidad de hacernos vivir en el tiempo y en la dimensión que, de vez en vez, recrea en la página. Quedamos siempre conmovidos y con una fuerte impresión de verdad. Es la palabra potente de una época que tenía certezas que hoy no son tales.

En la escritura de Laura Pariani circula una fuerza que hace pensar en la de uno de los grandes maestros del realismo del Ocho-cientos italiano, el Verga verista, que pide impersonalidad y mimesis, que quiere desaparecer como autor y que los hechos hablen por sí mismos, que con espíritu positivista quiere contribuir a crear la ciencia que estudie y represente las pasiones humanas. No logra, es cierto, anularse del todo detrás de sus personajes pero les da una fuerza que no nos deja olvidarlos jamás. ¿Qué lector de Verga puede olvidar a Rosso Malpelo o a Patrón N'Toni?

Lo mismo ocurre con estos campesinos de los valles del Ticino, físicamente embrutecidos por la miseria, materialmente sometidos por duras relaciones de fuerza y moralmente por una Iglesia reaccionaria cuyo único fin es el control social y la propaganda antiestatal. Es este un tema recurrente en la narrativa de la Pariani: en *Il paese delle vocali* se encarna en el personaje del párroco que desde el pul-

pito fulmina a la maestra desde antes de su llegada y más todavía cuando se esparce por el pueblo la voz de que esa "ciudadana" es culpable de lavarse y hasta perfumarse, ¡como solamente hacen las mujerzuelas! Y bien, una vez que estos campesinos -cuyo mundo es tan pequeño que para indicar una cosa bastante alejada dicen que está tan lejos como Milán- una vez que se adueñan de nuestro imaginario no lo abandonan más, un poco como esos personajes fastidiosos e inoportunos que no dejaban en paz a Pirandello pidiéndole vida.

Nuestra autora sabe hacer vivir a sus personajes, es una artista refinada y robusta, capaz de incrustaciones delicadas y difíciles entre lengua y dialecto cuyo efecto no es cómico, como ocurre con buena parte de la tradición del '*pastiche*' italiano -en el área geográfica lombarda podríamos pensar en el uso que han hecho Maggi y Porta para delinear sus *damazze*<sup>1</sup> -, por el contrario; es trágico en el sentido dantesco del término.

No olvidaremos a la Venturina, y la Diudata, las niñas que espían a la maestra mientras se baña desnuda (exactamente como las mujerzuelas) y quedan sorprendidas por el perfume de violeta que emana de sus cabellos (¡"el perfume del pecado"! ). Ni a la Dalgisa que es tísica, que sabe que no llegará a la Pascua y reza para que su hijita tenga una madrastra que no la castigue hasta que le duela el brazo. No olvidaremos a estos personajes en los que vive y reclama dignidad una humanidad ofendida que ha pagado aquí, en la tierra, su infierno y encuentra, en la página de nuestra escritora voz para hablarnos.

**Anna Zembrino**

<sup>1</sup> *Damazze* en lombardo, vocablo de valor irónico despreciativo para indicar "las grandes damas de la sociedad" más aún las que se dan aire de gran dama.